

A. ARANDA, «*El bullir de la sangre de Cristo*». Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá, Rialp, Madrid 2000, pp. 304.

Durante mis años romanos, en los que frecuentaba la facultad de Teología de la Universidad de la Santa Cruz tuve la oportunidad de asistir más de una vez a los cursos y seminarios dictados por el profesor Aranda. Hoy, pasados ya bastantes años, y con este enjundioso volumen entre las manos, reconozco las coordinadas teológicas de aquellas exposiciones que aparecen nítidamente esbozadas en estas páginas: la centralidad del misterio de Cristo, inseparablemente unido e iluminado por la totalidad de la verdad trinitaria.

Esta es la perspectiva que subyace y recorre las reflexiones que el autor ofrece sobre el mensaje y la misión fundacionales del Beato Josemaría, sugestivamente recogidas en el título de la obra: *El bullir de la sangre de Cristo*. El gráfico simbolismo de estas siete palabras —la sangre del Dios hecho Hombre que hierve y corre por los canales vitales de los cristianos (p. 14)—, recoge una expresión propia del fundador del Opus Dei dirigida con afecto y con una mirada de fe hacia los que le rodeaban: «era un destello de su mirada interior, de su amorosa contemplación del misterio de Cristo», cargada a la vez de un denso significado: «permítan captar (en cada alma) la gracia comunicada en el bautismo como un impulso fecundo, como principio dinámico, como vitalidad para la entrega, hacían intuir la configuración con Cristo como realidad de cada instante para quien es miembro de su cuerpo, en permanente comunión con El y con los demás» (p. 15). En su simplicidad, esta expresión —elegida con gran acierto para titular el libro—, sintetiza en forma elocuente una profunda convicción: por cada uno de los hombres, Cristo ha derramado su sangre; valemos, cada uno en su singularidad, «toda la sangre de Cristo».



Esta verdad de la Encarnación redentora constituye desde sus mismos orígenes la inspiración fundamental del pensamiento cristiano y de la experiencia espiritual en sus más variadas formas. No en vano Juan Pablo II, tomando palabras centrales del último Concilio afirma que «en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado» (*Gaudium et Spes*, n. 22). «El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo de sí mismo [...] debe con su inquietud, incertidumbre, e incluso con su debilidad [...] acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en El con todo su ser, debe apropiarse y asimilar toda la realidad de la encarnación y de la redención para encontrarse a sí mismo» (Enc. *Redemptor hominis*, n. 10).

Este libro constituye, en su género, una excelente manera de aproximarse al núcleo contenido en el mensaje del Opus Dei. Desde el primer capítulo la reflexión se orienta a recordar y analizar algunos aspectos centrales de la contribución del beato Josemaría a la vida y a la misión de la Iglesia, «ejemplo palpable de un mensaje de santidad y de empeño apostólico, dirigido a los laicos y a los sacerdotes diocesanos seculares e íntimamente connotado por su cristocentrismo y su esencial secularidad» (p. 32).

A través de los distintos temas estudiados el autor confirma que «el testimonio vital e intelectual del Beato Josemaría es concorde con toda la tradición católica, entendida en su doble dimensión de depósito recibido y de progreso en la intelección. De ella, en efecto [...], se alimenta su pensamiento y se inspiran sus modos de expresión; a partir de ella, como hombre portador de un carisma y una misión eclesiales de valor permanente, y a la vez extraordinariamente adaptados a las necesidades de los tiempos, aporta, haciéndola progresar, puntos de mira y acentos específicos» (p. 13).

La celebración del centenario de su nacimiento induce de modo particular a intentar desentrañar esos *acentos específicos* que traslucen y evidencian un querer divino. Monseñor Escrivá es sin duda un instrumento llamado por Dios para una misión concreta y específica, no genérica. Su vida y la institución por él fundada, son inseparables. «Su entera biografía sólo puede explicarse y entenderse en el ámbito de un designio divino que al atravesar toda su existencia, le configura como instrumento de Dios escogido precisamente para recordar a la humanidad lo que en su misma alma Dios fue grabando de modo inequívoco [...]: buscar la santidad personal en medio del mundo» (Álvaro del Portillo, *Mons. Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios*, en *En memoria de Mons. J. Escrivá de Balaguer*, Eunsá 1976, p. 19).

El carisma fundacional es el punto de partida o *factor pre-teológico* —como lo califica el profesor Aranda—, es decir, la clave sobrenatural para abrirse a la comprensión de la figura y de la doctrina teológico-espiritual del beato Josemaría (p. 16). El capítulo II del libro está dedicado a este tema, encuadrado en el marco biográfico de los años anteriores a la fundación, en los que Dios interviene de manera

velada o patente, para ir preparando gradualmente a su instrumento. «Resulta evidente —concluye el autor—, la profunda imbricación entre la persona y la misión divina recibida. Ambas se referirán íntimamente entre sí hasta constituir una cierta inseparable unidad, y dejarán traslucir un mutuo influjo causal» (p. 89).

El Beato Josemaría era perfectamente consciente de que la gracia de Dios iba removiendo su conciencia y manejando los hilos de su vida, para unirlo fuertemente a la cruz de Cristo, de la cual nunca se separaría. El camino que Dios iba lentamente trazando mostraba desde el principio unas características esenciales que pujaban fuerte e inseparablemente en su alma: «a) un poderoso impulso hacia el trato íntimo con Dios, que le conduce a una progresiva intensificación de su vida espiritual; b) la llegada de una sucesión de inspiraciones divinas, un claroscuro de luces y oscuridades [...] que se prolongarán ininterrumpidamente hasta el 2 de octubre de 1928; c) el fuerte despertar de una llamada al sacerdocio —y más en concreto al sacerdocio secular o diocesano—» (p. 89).

Este último elemento —el sacerdocio ministerial del fundador del Opus Dei—, es estudiado detenidamente en el capítulo III, para intentar responder a una cuestión teológicamente relevante: «si, como prueban los estudios biográficos y las investigaciones históricas, Dios llamó a Josemaría Escrivá en primer lugar al sacerdocio como vía o condición para llamarle luego a fundar el Opus Dei, estableciéndose así una evidente relación de continuidad temporal y de mutua coimplicación entre su vocación sacerdotal y su misión fundacional, ¿cómo expresar el fundamento de la correlación teológica que acompaña e ilumina esa relación histórica?» O en otras palabras: «¿cómo interpretar teológicamente que hubiese de ser llamado al sacerdocio antes y en absoluta referencia a la sucesiva misión fundacional?» (p. 112). El autor encamina la cuestión por la vía de los hechos históricos y por la reflexión teológica de la naturaleza del sacerdocio desde Cristo Sacerdote, para luego proyectar luz sobre la relación entre la condición sacerdotal y la misión fundacional de Monseñor Escrivá.

Estas son quizá las cuestiones más interesantes y de mayor relevancia abordadas en esta obra, para las que se requiere una proporcionada formación teológica. Otras temáticas, tratadas en los restantes capítulos reflejan menor densidad y armonía en la argumentación, sin dejar por eso de ofrecer una valiosa aportación, como son, por ejemplo, las páginas dedicadas a los escritos del beato (cap. I), el estudio acerca de la secularidad y el materialismo cristiano (cap. VI) y el sugestivo análisis de la expresión *alter Christus, ipse Christus*, también acuñada por el beato Josemaría con un significado en parte enraizado en la tradición cristiana y en parte peculiar de su espíritu.

Sin duda, estudios de esta envergadura, aunque quieran parecer modestos (p. 11), suponen una excelente aportación a la teología espiritual, y abren perspectivas alentadoras para un camino de investigación teológica que aún está por recorrer.

C. Bermúdez